

París, en el Times, de Londres, que han confeccionado demandas estupendas para que, en caso de tratarse de la paz, sean discutidas y traigan una duradera armonía para el futuro.

[Vanas pretensiones! Engañadoras palabras! ¡Acaso el pueblo no está convencido de que la paz durará hasta que las naciones hayan reparado los daños y perjuicios causados por la carnicería presente?

Y, como todo el mundo tiene derecho de presentar condiciones y demandas para los que se crean vencidos. Nosotros, los anarquistas, que no estamos conformes con la guerra ni la paz burguesas, presentamos las nuestras para que el porvenir tenga en cuenta para el porvenir.

- 1. Desarme general.
2. Destruir todos los instrumentos de guerra.
3. Abatir toda religión.
4. Abolición de fronteras.
5. Desaparición de la propiedad privada, reduciendo a cenizas todos los archivos.

6. Que los instrumentos de trabajo pasen a mano de los que producen.
7. Insituir el signo de cambio por el cange de productos.

Con estas siete bases bien discutidas y estudiadas por colectividades productoras, hay bastante para asegurar una paz duradera y una felicidad entre los pueblos. De otra manera, a pequeños intervalos, las carnicerías con la presente se sucederán.

s. ESKI

Razones y Palos

El parto de los montes «Urales»

«Crisis de ideales», «La Revolución Social y los utopistas», «Los postulados de la Humanidad», «Enemigos de la guerra civil», «El servicio militar», «La fuerza moral y la cultura»: Nada menos que con todos estos nombres ha bautizado Urales al nuevo ratoncito que ha parido y que en forma de artículo nos ha presentado desde El Liberal, de Barcelona.

El malogrado fundador de La Revista Blanca y de TIERRA Y LIBERTAD dice cuatro majaderías contra los anarquistas y sindicalistas por su espíritu revolucionario y de oposición a la guerra, diciendo, entre otras, que la «revolución social es aquí completamente germánica».

Urales, que en España no trabajó en el sentido de inculcar al pueblo el espíritu revolucionario social y antimilitarista, sabe que miente, sabe que al decir nosotros, los anarquistas y los sindicalistas, «antes que la guerra la revolución», no lo decimos con la intención de que vamos al momento a implantar en el mundo la forma social anárquica, sino a oponernos a la guerra y al militarismo, consecuentes con nuestras ideas salvadoras, de las que Urales ha renegado. Pruebas de ello dimos en julio de 1909, con nuestra actitud revolucionaria en Cataluña frente a la guerra del Rif, actitud por que desgracia no repercutió en las demás regiones de España, actitud que, más desgraciadamente todavía, hasta los presentes momentos no han adoptado los pueblos que en Europa ha tres años se dejan llevar al matadero como rebaños de cerdos conducidos a palos por los pastores gobernantes imperialistas, monárquicos y republicanos, pueblos que, según Urales, son mucho más cultos que nosotros.

Urales sabe que nuestra propaganda antiguerrera la ha escrito siempre y, por lo tanto, sería un ilogismo inconcebible no hacerla ahora en plena guerra y en momentos en que el pueblo español, nosotros mismos, podemos ser arrastrados a ella, porque así les plugo provocar al Kaiser, Jorge V, Nicolás II, Francisco José y los gobernantes franceses.

Urales es de los que más propaganda antimilitarista y antiguerrera hicieron antes de la guerra. Lo mejor que podía hacer ahora este guerrero de andar por casa, en su claudicación, es callarse y no escribir otra cosa que las cosas que ha escrito para El Liberal. Porque con los ratones guerrero-literarios que Urales pare de cuando en cuando con objeto de morder a sus antiguos correligionarios y a las ideas de justa rebeldía, sólo logra poner en ridículo la causa de los aliados anglo-franco-rusos y dar una importancia de superioridad a los aliados, que en realidad no tienen, trocándose en germinante sin darse cuenta.

Urales sabe que los anarquistas y las sociedades obreras por ellos inspiradas, han en todo cuanto sus cursos y medios les permiten pasado y futuro la firmeza de carácter concepción moral ciudadana y científica, en la escuela, en el libro, en el folleto, en la conferencia, en la controversia, etcétera, con objeto de que la revolución social, en su tiempo, tenga en el pueblo la preparación adecuada necesaria para sostener el nuevo estado social.

Pero esto Urales lo niega. Si hubiese asistido recientemente a las controversias efectuadas en la Casa del Pueblo del distrito V, hubiera recibido una de las muchas pruebas de la concepción que ha para Urales, esta preparación que afirma. Para educación ciudadana debe consistir en inocular a los obreros el virus filo-fóbico de la guerra, destruyendo la poca o mucha labor revolucionaria electiva.

En uno de sus párrafos reodores, Urales da pie, sin darse cuenta, para que hablemos del fin de su actuación anarquista. Pero no queremos hacerlo; baste con decirle que nosotros, los anarquistas, «infelices revolucionarios», como él dice, nos creemos suficientemente cultos y suficientemente limpios de pasiones, de ideas y de sentimientos, si no para ostent-

tar dignamente la representación de una sociedad más justa y más civilizada que la actual», cuando menos para no hacer traición a nuestros principios y mantener la digna protesta contra el gran crimen de la guerra, de la que no solo no queremos ser complicados, sino que, como españoles, sino ni siquiera encubridores o alcahuetes...

Sota... de oros

Hemos recibido una carta, fechada en Norfolk y firmada por Juan Reyes, obrero mariner-ogonero a bordo del «Lale Mendiz», perteneciente a la flota de la Compañía Sota, de Bilbao, y que partió de Barcelona para América el 20 de diciembre último.

El referido obrero se queja de los abusos y malos tratos cometidos por el capitán de aquel buque.

«A consecuencia—dice—del trabajo brutal, sufrí una herida, y el capitán se negó a concederme el hospital; a la gente de cubierta se le descontaron los días festivos habidos durante la travesía, después de haber pasado hambre y beber agua salada, pues ni para lavarnos se nos ha dado agua dulce, teniendo que hacerlo con el mar. El capitán, para alborazar unas pesetas, mandó a los marineros que le confeccionaran unas botas de lona con suela de madera; y a los fogoneros se nos obligó a quemar la ceniza para economizar carbón a la Compañía».

El obrero Juan Reyes termina su carta rogando que, en su nombre, hagamos constar su protesta, diciéndonos: «Tened la bondad de publicar un pequeño artículo en el periódico o mandar una carta a Sota, para que sepa que clase de oficiales tiene sus buques».

Como se ve, la candidez de este obrero es tan grande como la vivacidad y como el negocio a que se dedica el naviero Sota, pidiéndonos que escribamos a este señor para que se entere...

No, explotado mariner-ogonero, no Sota, como el resto de la baraja de accionistas navieros que juegan a la segura en sus escandalosos negocios, no tienen necesidad de enterarse de eso; sus cuidados son muy otros: son los de ganar sumas enormes en estos viajes, en los que a vosotros, los trabajadores marinos, os niega el agua, os os merma la paga y no se os atiende en los accidentes del trabajo; son los de ejercer el contrabando en grande, aprovechándose de la actual guerra, para ellos gloria y para vosotros muerte; son los de repararse en las crecidas dividendos, los que vosotros sois víctimas... A esos negociantes sin escrúpulos no les interesa vuestra situación ni vuestra vida, ni tienen necesidad de enterarse de ello; les basta con saber que las acciones de la Compañía Sota, en unos años de guerra, han aumentado su valorado de 40 a 800 por ciento, y que este dinero se lo hayan embolsado a costa de vuestra miseria y del hambre de todo el pueblo productor.

Lo que en estos momentos absorbe todo el interés de la casa Sota y Aznar, cándido mariner-ogonero, es el negocio que os ofrece el trabajo embrutecedor, son las negociaciones para la venta de su flota a su congenero Cunard, de Inglaterra, con cuya operación y en condiciones de rescatar sus barcos a menor precio una vez terminada la guerra, obtiene un beneficio de muchos millones, ya que pagará a 18 libras por la tonelada que habrá cobrado a 30.

Y Sota cede a Cunard más de 130.000 toneladas... Claro que el Gobierno intervendrá en este juego; pero Romanones, que es un jugador de ventaja en toda clase de grandes negocios, se desgracia de que envolverá la partida sobre la Sota... de oros.

Esto es lo que en estos momentos absorbe la atención de sus explotadores, ohi, ingenio y candoroso mariner-ogonero que nos has escrito desde Norfolk...

MONTEGUALDO

DE LA HUELGA DE EBANISTAS

UN BELLO EJEMPLO A SEGUIR

¿Habéis oído hablar de la huelga de los ebanistas de Barcelona? ¿Conocéis sus causas, su principio y el desarrollo de ella? ¿Sabéis que ya la ganaron? Ha sido después de 17 semanas que han triunfado. Cuando ya el hambre entraba en los hogares, después que la miseria se cercía sobre las cabezas de las mujeres y de los niños, han triunfado. Firmes, constantes, activos, han pasado por todas las pruebas, hasta quedar victoriosos.

Los patronos han accedido a todas las justas demandas de los obreros, han accedido a sus peticiones, han aceptado la firmeza de carácter de los huelguistas, forzadamente, trabajosamente, contra su voluntad y su deseo.

Y es que los ebanistas, a pesar de los largos días de escaseces, han sabido sobreponerse a todo, aun a la desesperación, y el desaliento no tiene razón de ser; quizá nunca hubiera logrado hacerles decaer en su actitud harto viril, y de aquí que hayan triunfado, de aquí también la seguridad para todos de la victoria.

Así siempre. Es preciso saber domarse para imponerse, y que el hambre y el dolor, en vez de hacernos decaer en la lucha, nos empujen a proseguirla hasta el triunfo final.

Los ebanistas han conseguido este triunfo. Pero el momento actual, cuando han obtenido abiertas las puertas del trabajo, cuando después del triunfo el triunfo es preciso, urgente, porque el hambre empuja y acongoja y atormenta, continuaron la huelga...

Y así irá el mundo, hasta que esos perros llamados proletarios no se dejen conducir a algo más práctico que el juego de manos gubernamentales y a ladrar a la luna autoritaria.

JUANONUS

Del momento actual

Hace pocos días, en unas cuartillas, hablé del hambre de los niños, del dolor de sus miserias, del sufrimiento que les acarrea su pobre, abandonada, olvidada existencia.

Y ahora que he atravesado España, que he visto ininidad de criaturas durmiendo en los portales de los grandes palacios, mientras nevaba, he sentido una angustia aun mayor que cuando sólo sabía de estas horribles cosas, sin haber llegado a presenciarlas.

No me explico ya, que los hombres no se rebelen. No encuentro razón para disculparles. Me appena tanta cobardía, parece inverosímil tanta abnegación.

Hombres! En tanto haya un niño que no coma, nadie tiene derecho a llevarse a la boca un pedazo de pan.

Ese pan que comemos debe amargarnos y como si estuviera amasado con las lágrimas de los niños que no lo tienen! Y no es que debamos suprimir el nuestro, no. Es que algo debe empujarnos a conquistar el suyo. Altivamente. Revolucionariamente. Como hombres. Acaso no seamos hombres. Pensarlo es triste, pero cuando los niños son encontrados en la nieve, muertos de frío y de hambre, los que permiten que esto suceda, no son hombres. ¡Y lo permitimos todos!

¿Ha muerto quizá nuestra sensibilidad? ¿Nuestro corazón no sufre? ¿No nos duele en el rostro un calor extraño, que nos duele, y nos atormenta y nos anonada? ¿No?

Debíamos abdicar entonces de nuestra honrría, pues que ni tenemos sensibilidad, ni corazón, ni aun rubor, ni el rubor de avergonzarnos ya.

Debemos levantarnos ya. Demasiado tiempo estuvimos de rodillas.

Hace pocos días, en Madrid, una noche que nevaba, en la Castellana, bajo los bancos, algunos niños querían librarse de la nieve; y la nieve subía y cubría ya los bancos, y ellos, desesperados, huían. ¿A dónde?

Tenían los ojos abiertos, muy abiertos, angustiosamente abiertos, como interrogando a los hombres, como interrogando a la muerte, de la que querían huir y cada vez, ella, más se acercaba.

¿Por qué está? Si el látigo obligó a los esclavos a que se sublevaran, nosotros hoy, no rebelándonos ante estos cuadros de dolor, ante esta miseria horrenda, demostráremos ser menos dignos que los esclavos, no tendremos derecho tampoco a la libertad, ni al pan, ni al amor. Porque nadie puede ser libre, cuando los demás están encerrados; porque nadie tiene derecho a alimentarse, si alguien no lo hace; porque nadie puede amar, y ser del todo feliz con su amor, si los demás no aman, si son desgraciados, si en lugar de amar odian, sufren y padecen. Si. La Humanidad padece, sufre, odia... ¡Y no ama!

No ha adquirido todavía conciencia del amor. Porque del odio y del sufrimiento, del dolor, bajase de la silla y márchase con aire de satisfacción.

¿Contaría a sus padres tan caritativo hallazgo? Tal vez no; tal vez sí. Tal vez creyendo no le darían nada de los menudros recogidos o la bazofia carcelera, se callara lo del café y los picos. Tal vez diriales algo con regocijo y alegría como para inconscientemente demostrar a los autores de sus días la piedad y conmiseración de la filantropía social, ante la miseria y el hambre también social.

No podemos asegurar ni una cosa ni otra. Lo único que podemos decir es que para la mayoría de los que lo presenciaron, aquello fué un hecho digno de amor, y de encomio; para nosotros, enemigos de todos los Robres y de todos los filántropos, nos remacme más en los eslabones que forman la cadena que el pueblo hambriento y esclavo lleva pendiente del cuello.

Es día de esueto por imposición de la temperatura; mas ésta se muestra complaciente con nosotros y nos deja salir un rato a tomar el sol por las afeuras de la población.

Al fin la jauría detuvo al chicleto. Quinientas personas sudorosas y jadeantes pudieron celebrar su victoria, después de haber desemparedado con sus honrados talones varias calles y callejas hasta desembocar en la gran plaza donde se alzaba el palacio de los jueces, mostrando la severidad de los picos, que más revela dureza que justicia.

Con el mismo ademán que los antiguos patricios, después de haber salvado el imperio, presentaron el delincuente a los magistrados.

«¿Cuál es tu delito, muchacho?» preguntó el representante de la justicia humana.

«No lo está viendo usía, señor? Mi delito es ser pobre. Fijese usía en mis guñapos y sabrá por qué me persiguen. Y al decir esto el pilluelo, metió sus dedos por los agujeros mayores de sus rotos calzones, pardiéndose a Diónge cuando con tanto orgullo mostraba los boquetes de su capa.

«De qué te acusan?» exclamó con voz sepulcral el juez, encontrando poco adecuada la explicación del chico.

«Pues no me acusan a mí sino a la miseria en que vivo. Si en vez de ir descalzo tuviese lujoso coche, lejos de perseguirme las gentes recibiría sus saludos más respetuosos.

«Dicen que has robado. ¿Es verdad? —Lo mismo aseguran que hacen gentes de muchas campanillas, y nadie se

Del momento actual

Todos los días y a la misma hora en que me enramamos alzando, se abren las puertas del mencionado edificio y dan salida a una veintena de aquellos que delinquieron porque así se lo impuso la sociedad llamada cristiana y capitalista; una veintena quizás de aquellos que para los ojos de la ley son los mejores; una veintena, repito, más mercedora de aquella criminal expansión, primer: porque si salen lo hacen para trabajar bajo la vigilancia de cabos de vara y la guardia del presidio. Y segundo: porque se le permite ver el campo, el mar y el firmamento en toda su intensidad y grandeza; el campo y el mar, ambos hermosos y bellos, invitando a todos los humanos ya todos a gozar de sus bellezas y hermosuras; a todos menos a ellos, que por temor al castigo, tal vez a la muerte, vense constraídos a no dar un paso más allá de donde se lo permitan los guardianes. Por todo esto digo que esta expansión es criminal.

Trabajan llevando carritos de mano e introduciéndose en el presidio, tierra de las que se han apartado de la extracción de las piedras de la cantera.

Vémoslos entrar unos tras otros con los carritos llenos y al salir con ellos vacíos para volver a llenarlos y así hasta la tarde que entran cerrándose tras ellos la ancha puerta, la misteriosa puerta que oculta ¡quién sabe cuántas iniquidades, cuántas infamias!

Al verlos todos los días entrar y salir, salir y entrar, se me figuran pájaros amasados, a los cuales se les abre las puertas de la jaula, cuando se lo ordenan y se ordenan, cuando se lo ordenan vuelven a entrar, quizás con más alegría que al salir.

Varios camaradas nos encontramos sentados en la mesa de un café. Unos conversan, otros leemos. Algo viene a sacarnos de nuestro habitual pasatiempo. Es un niño de unos ocho años, un pobre mendigo que entró seguramente a coger coillitas, y como los camareros lo vieran, lo han sentado en una mesa solitaria a la cual le han traído un café y unos picos de roscas. El chico se los engulle mojados en el café con ansias de hambriento; mirando para todos lados como temiendo que alguien llegue a pedirle parte en el banquete. Después de agotados el café y los picos, el pobre se limpia la boca con la manga de la ropa y mugrienta blusilla que le sirve de abrigo, bajase de la silla y márchase con aire de satisfacción.

«¿Contaría a sus padres tan caritativo hallazgo? Tal vez no; tal vez sí. Tal vez creyendo no le darían nada de los menudros recogidos o la bazofia carcelera, se callara lo del café y los picos. Tal vez diriales algo con regocijo y alegría como para inconscientemente demostrar a los autores de sus días la piedad y conmiseración de la filantropía social, ante la miseria y el hambre también social.

No podemos asegurar ni una cosa ni otra. Lo único que podemos decir es que para la mayoría de los que lo presenciaron, aquello fué un hecho digno de amor, y de encomio; para nosotros, enemigos de todos los Robres y de todos los filántropos, nos remacme más en los eslabones que forman la cadena que el pueblo hambriento y esclavo lleva pendiente del cuello.

«¿Cuál es tu delito, muchacho?» preguntó el representante de la justicia humana.

«No lo está viendo usía, señor? Mi delito es ser pobre. Fijese usía en mis guñapos y sabrá por qué me persiguen. Y al decir esto el pilluelo, metió sus dedos por los agujeros mayores de sus rotos calzones, pardiéndose a Diónge cuando con tanto orgullo mostraba los boquetes de su capa.

«De qué te acusan?» exclamó con voz sepulcral el juez, encontrando poco adecuada la explicación del chico.

«Pues no me acusan a mí sino a la miseria en que vivo. Si en vez de ir descalzo tuviese lujoso coche, lejos de perseguirme las gentes recibiría sus saludos más respetuosos.

«Dicen que has robado. ¿Es verdad? —Lo mismo aseguran que hacen gentes de muchas campanillas, y nadie se

apresaran y te recortaran las alas, implidiéndote así, que pudieras seguir volando, cuando nosotros, convenciendo a los chicos, pudimos libertarte.

«Ten en cuenta, bella mariposa, que igual que contigo hicieron aquellos perversos chicos, así hicieron con ellos sus maestros y educadores: cortarte las alas de la inteligencia para impedirles el vuelo por las altas regiones del ideal humano.

«¡Perdónalos, pues, mariposa mía, perdónalos!

San Fernando.

ILE GALES

UN GRANUJA

«¡A ese, a ese, sujetadme, ladrón, mala pécora!» gritaban más de cien personas, produciendo un estruendo espantoso.

Mientras tanto, corría a más no poder un chiquillo, tan ligero como la liebre que se ve perseguida.

Para salvar la distancia no le estorbaban los zapatos. Sus pies desnudos, acostumbrados a las caricias de los guijarros, endurecidos por las costras que el aire, la humedad y el polvo iban formando sobre la curtidra piel, saltaban con facilidad suma, sin que le detuviesen las escabrosidades del mal empinado. Tan ligero iba de ropa como de calzado.

La cabeza al aire, adornada por una inmensa maraña de crespos cabellos amasados, a los cuales se les abre las puertas de la jaula, cuando se lo ordenan y se ordenan, cuando se lo ordenan vuelven a entrar, quizás con más alegría que al salir.

Algunos guñapos, en los cuales no hubiera sido fácil guardar un céntimo de comino, tantas y tan grandes eran sus celosías, hacían el mismo oficio del varillaje de un abanico que cuando abierto lo aplica a su rostro una dama, le deja, deponiendo descubierta.

De este modo muchos infelices van vestidos sin dejar de sentir desnudos.

Del momento actual

Todos los días y a la misma hora en que me enramamos alzando, se abren las puertas del mencionado edificio y dan salida a una veintena de aquellos que delinquieron porque así se lo impuso la sociedad llamada cristiana y capitalista; una veintena quizás de aquellos que para los ojos de la ley son los mejores; una veintena, repito, más mercedora de aquella criminal expansión, primer: porque si salen lo hacen para trabajar bajo la vigilancia de cabos de vara y la guardia del presidio. Y segundo: porque se le permite ver el campo, el mar y el firmamento en toda su intensidad y grandeza; el campo y el mar, ambos hermosos y bellos, invitando a todos los humanos ya todos a gozar de sus bellezas y hermosuras; a todos menos a ellos, que por temor al castigo, tal vez a la muerte, vense constraídos a no dar un paso más allá de donde se lo permitan los guardianes. Por todo esto digo que esta expansión es criminal.

Trabajan llevando carritos de mano e introduciéndose en el presidio, tierra de las que se han apartado de la extracción de las piedras de la cantera.

Vémoslos entrar unos tras otros con los carritos llenos y al salir con ellos vacíos para volver a llenarlos y así hasta la tarde que entran cerrándose tras ellos la ancha puerta, la misteriosa puerta que oculta ¡quién sabe cuántas iniquidades, cuántas infamias!

Al verlos todos los días entrar y salir, salir y entrar, se me figuran pájaros amasados, a los cuales se les abre las puertas de la jaula, cuando se lo ordenan y se ordenan, cuando se lo ordenan vuelven a entrar, quizás con más alegría que al salir.

Varios camaradas nos encontramos sentados en la mesa de un café. Unos conversan, otros leemos. Algo viene a sacarnos de nuestro habitual pasatiempo. Es un niño de unos ocho años, un pobre mendigo que entró seguramente a coger coillitas, y como los camareros lo vieran, lo han sentado en una mesa solitaria a la cual le han traído un café y unos picos de roscas. El chico se los engulle mojados en el café con ansias de hambriento; mirando para todos lados como temiendo que alguien llegue a pedirle parte en el banquete. Después de agotados el café y los picos, el pobre se limpia la boca con la manga de la ropa y mugrienta blusilla que le sirve de abrigo, bajase de la silla y márchase con aire de satisfacción.

«¿Contaría a sus padres tan caritativo hallazgo? Tal vez no; tal vez sí. Tal vez creyendo no le darían nada de los menudros recogidos o la bazofia carcelera, se callara lo del café y los picos. Tal vez diriales algo con regocijo y alegría como para inconscientemente demostrar a los autores de sus días la piedad y conmiseración de la filantropía social, ante la miseria y el hambre también social.

No podemos asegurar ni una cosa ni otra. Lo único que podemos decir es que para la mayoría de los que lo presenciaron, aquello fué un hecho digno de amor, y de encomio; para nosotros, enemigos de todos los Robres y de todos los filántropos, nos remacme más en los eslabones que forman la cadena que el pueblo hambriento y esclavo lleva pendiente del cuello.

«¿Cuál es tu delito, muchacho?» preguntó el representante de la justicia humana.

«No lo está viendo usía, señor? Mi delito es ser pobre. Fijese usía en mis guñapos y sabrá por qué me persiguen. Y al decir esto el pilluelo, metió sus dedos por los agujeros mayores de sus rotos calzones, pardiéndose a Diónge cuando con tanto orgullo mostraba los boquetes de su capa.

«De qué te acusan?» exclamó con voz sepulcral el juez, encontrando poco adecuada la explicación del chico.

«Pues no me acusan a mí sino a la miseria en que vivo. Si en vez de ir descalzo tuviese lujoso coche, lejos de perseguirme las gentes recibiría sus saludos más respetuosos.

«Dicen que has robado. ¿Es verdad? —Lo mismo aseguran que hacen gentes de muchas campanillas, y nadie se

apresaran y te recortaran las alas, implidiéndote así, que pudieras seguir volando, cuando nosotros, convenciendo a los chicos, pudimos libertarte.

«Ten en cuenta, bella mariposa, que igual que contigo hicieron aquellos perversos chicos, así hicieron con ellos sus maestros y educadores: cortarte las alas de la inteligencia para impedirles el vuelo por las altas regiones del ideal humano.

«¡Perdónalos, pues, mariposa mía, perdónalos!

San Fernando.

ILE GALES

UN GRANUJA

«¡A ese, a ese, sujetadme, ladrón, mala pécora!» gritaban más de cien personas, produciendo un estruendo espantoso.

Mientras tanto, corría a más no poder un chiquillo, tan ligero como la liebre que se ve perseguida.

Para salvar la distancia no le estorbaban los zapatos. Sus pies desnudos, acostumbrados a las caricias de los guijarros, endurecidos por las costras que el aire, la humedad y el polvo iban formando sobre la curtidra piel, saltaban con facilidad suma, sin que le detuviesen las escabrosidades del mal empinado. Tan ligero iba de ropa como de calzado.

La cabeza al aire, adornada por una inmensa maraña de crespos cabellos amasados, a los cuales se les abre las puertas de la jaula, cuando se lo ordenan y se ordenan, cuando se lo ordenan vuelven a entrar, quizás con más alegría que al salir.

Algunos guñapos, en los cuales no hubiera sido fácil guardar un céntimo de comino, tantas y tan grandes eran sus celosías, hacían el mismo oficio del varillaje de un abanico que cuando abierto lo aplica a su rostro una dama, le deja, deponiendo descubierta.

De este modo muchos infelices van vestidos sin dejar de sentir desnudos.

Del momento actual

Todos los días y a la misma hora en que me enramamos alzando, se abren las puertas del mencionado edificio y dan salida a una veintena de aquellos que delinquieron porque así se lo impuso la sociedad llamada cristiana y capitalista; una veintena quizás de aquellos que para los ojos de la ley son los mejores; una veintena, repito, más mercedora de aquella criminal expansión, primer: porque si salen lo hacen para trabajar bajo la vigilancia de cabos de vara y la guardia del presidio. Y segundo: porque se le permite ver el campo, el mar y el firmamento en toda su intensidad y grandeza; el campo y el mar, ambos hermosos y bellos, invitando a todos los humanos ya todos a gozar de sus bellezas y hermosuras; a todos menos a ellos, que por temor al castigo, tal vez a la muerte, vense constraídos a no dar un paso más allá de donde se lo permitan los guardianes. Por todo esto digo que esta expansión es criminal.

Trabajan llevando carritos de mano e introduciéndose en el presidio, tierra de las que se han apartado de la extracción de las piedras de la cantera.

Vémoslos entrar unos tras otros con los carritos llenos y al salir con ellos vacíos para volver a llenarlos y así hasta la tarde que entran cerrándose tras ellos la ancha puerta, la misteriosa puerta que oculta ¡quién sabe cuántas iniquidades, cuántas infamias!

Al verlos todos los días entrar y salir, salir y entrar, se me figuran pájaros amasados, a los cuales se les abre las puertas de la jaula, cuando se lo ordenan y se ordenan, cuando se lo ordenan vuelven a entrar, quizás con más alegría que al salir.

Varios camaradas nos encontramos sentados en la mesa de un café. Unos conversan, otros leemos. Algo viene a sacarnos de nuestro habitual pasatiempo. Es un niño de unos ocho años, un pobre mendigo que entró seguramente a coger coillitas, y como los camareros lo vieran, lo han sentado en una mesa solitaria a la cual le han traído un café y unos picos de roscas. El chico se los engulle mojados en el café con ansias de hambriento; mirando para todos lados como temiendo que alguien llegue a pedirle parte en el banquete. Después de agotados el café y los picos, el pobre se limpia la boca con la manga de la ropa y mugrienta blusilla que le sirve de abrigo, bajase de la silla y márchase con aire de satisfacción.

«¿Contaría a sus padres tan caritativo hallazgo? Tal vez no; tal vez sí. Tal vez creyendo no le darían nada de los menudros recogidos o la bazofia carcelera, se callara lo del café y los picos. Tal vez diriales algo con regocijo y alegría como para inconscientemente demostrar a los autores de sus días la piedad y conmiseración de la filantropía social, ante la miseria y el hambre también social.

No podemos asegurar ni una cosa ni otra. Lo único que podemos decir es que para la mayoría de los que lo presenciaron, aquello fué un hecho digno de amor, y de encomio; para nosotros, enemigos de todos los Robres y de todos los filántropos, nos remacme más en los eslabones que forman la cadena que el pueblo hambriento y esclavo lleva pendiente del cuello.

«¿Cuál es tu delito, muchacho?» preguntó el representante de la justicia humana.

«No lo está viendo usía, señor? Mi delito es ser pobre. Fijese usía en mis guñapos y sabrá por qué me persiguen. Y al decir esto el pilluelo, metió sus dedos por los agujeros mayores de sus rotos calzones, pardiéndose a Diónge cuando con tanto orgullo mostraba los boquetes de su capa.

«De qué te acusan?» exclamó con voz sepulcral el juez, encontrando poco adecuada la explicación del chico.

«Pues no me acusan a mí sino a la miseria en que vivo. Si en vez de ir descalzo tuviese lujoso coche, lejos de perseguirme las gentes recibiría sus saludos más respetuosos.

«Dicen que has robado. ¿Es verdad? —Lo mismo aseguran que hacen gentes de muchas campanillas, y nadie se

apresaran y te recortaran las alas, implidiéndote así, que pudieras seguir volando, cuando nosotros, convenciendo a los chicos, pudimos libertarte.

«Ten en cuenta, bella mariposa, que igual que contigo hicieron aquellos perversos chicos, así hicieron con ellos sus maestros y educadores: cortarte las alas de la inteligencia para impedirles el vuelo por las altas regiones del ideal humano.

«¡Perdónalos, pues, mariposa mía, perdónalos!

San Fernando.

ILE GALES

UN GRANUJA

«¡A ese, a ese, sujetadme, ladrón, mala pécora!» gritaban más de cien personas, produciendo un estruendo espantoso.

Mientras tanto, corría a más no poder un chiquillo, tan ligero como la liebre que se ve perseguida.

Para salvar la distancia no le estorbaban los zapatos. Sus pies desnudos, acostumbrados a las caricias de los guijarros, endurecidos por las costras que el aire, la humedad y el polvo iban formando sobre la curtidra piel, saltaban con facilidad suma, sin que le detuviesen las escabrosidades del mal empinado. Tan ligero iba de ropa como de calzado.

La cabeza al aire, adornada por una inmensa maraña de crespos cabellos amasados, a los cuales se les abre las puertas de la jaula, cuando se lo ordenan y se ordenan, cuando se lo ordenan vuelven a entrar, quizás con más alegría que al salir.

Algunos guñapos, en los cuales no hubiera sido fácil guardar un céntimo de comino, tantas y tan grandes eran sus